

En la lejanía de las vagas fosforescencias retumbó aún un cañonazo.

A lo largo de la costa, los burghers á caballo, inmóviles y semejantes á estatuas de bronce, armaron sus fusiles y respondieron con una salva á este último saludo.

—¡Que Dios los proteja!—dijo Van Berkel.

—Y que El proteja nuestra patria—respondieron los burghers.

—Que los conduzca sanos y salvos al país de Francia.

—¡Amén!...

Después, requiriendo la brida, con el arma á la espalda, la cabeza inclinada sobre el pecho, lentamente se alejaron en lo profundo de los desfiladeros.

EPILOGO

El regreso se verificó felizmente.

Ante el deseo manifestado por el señor Donegal, se decidió hacer una corta escala en New-York antes de tomar el camino de Francia.

Acababa el buque de remontar muy de lejos; el cabo de «Buena Esperanza» cuando la señorita Montecristo reunió á sus amigos en la cámara que ocupaba con Elena de Champigny.

El contenido del saco de los diamantes, había sido esparcido sobre una mesa.

—Bravos amigos míos—dijo—, os he llamado para proceder á la liquidación de nuestras cuentas. He hecho cinco partes del tesoro, la primera será dada en conjunto á Simpson, á Benjamín Coco y á Paméla.

Benjamín protestó.

—Yo no quieré... yo rico, bastante para viví con mi hermana, «comprá» caballos sombrilla y traje de seda.

—Y yo, soy policía al servicio del señor

Donegal y me ha retribuído espléndidamente. Quedo satisfecho—añadió Simpson.

—Lo apruebo, caballero, yo luego me aceptéis como árbitro en la participación—dijo el señor Donegal.

La proposición fué admitida.

El americano tomó una silla que aproximó á la mesa y sacó las preciosas piedras con meticoloso cuidado.

—Hé ahí tres partes iguales. La primera para la señorita Josselín y el señor Gedeón La Bastide; la segunda para la señorita Champigny y el señor Galimard.

Una viva emoción se había apoderado de los cuatro jóvenes.

Las mejillas de Elena y Zezette se colorearon del más vivo rojo.

Un inmenso júbilo aureolaba la frente del escultor.

Tendió la mano á la señorita Josselín.

La joven comprendió sin duda, sin falsa vergüenza, tomó resueltamente la mano del joven.

—¡La acepto, pues es la mano de un hombre honrado!—dijo.

Eustaquio Galimard miraba á Elena sin pronunciar palabra.

—¿Y vos, señorita?—dijo por fin.

Las miradas de los jóvenes se cruzaron y hablaron con muda elocuencia.

Aristides Lavignette se encargó de precipitar el desenlace.

—¿Y bien qué? ¿Es necesario tanta historia para deciros que os amáis?

Dame tu mano, Eustaquio. Vuestra pequeña mano, señorita. ¡Viva la boda!

—¿Entonces, aceptáis?—preguntó el periodista con acento emocionado.

El pecho de la joven tuvo un sobresalto; el carmín de sus mejillas se acentuó más.

Después con voz dulce, más dulce que el murmullo de la brisa, acariciando la primera rosa.